



Prólogo

José Oscar Córdoba, el sacerdote, el antropólogo, el músico, el chocoano, el ribereño, el profesor, explora desde su transversalidad de vida los profundos significados de la fiesta y ahí está la magia de este texto un documento indispensable para pensar, sentir y vivir el Chocó que se mueve, fluye y se transforma como su propio río, el Atrato.

Desde el inicio, la fiesta cobra un sentido dramático del que no podemos escapar: su vocación de resistencia, su canto de libertad, su profunda potencia de reclamar la vida ante el perseverante atropello, ante el asedio de los amigos de la guerra y de su voracidad que al parecer no tenía límite.

El texto nos sorprende de una vez, por la franqueza con que este misionero claretiano confiesa desde las primeras líneas que el Chocó, que él quiere y con el que está comprometido, es el resultado de una larga historia de dominación colonial y del territorio escogido para ser la tierra de misión de innumerables grupos religiosos aliados a los procesos de conquista, ampliación de la frontera, la explotación minera y en últimas a la incorporación civil y política de las comunidades indígenas y negras por medio del eficaz proceso de la cristianización.

Tengamos en cuenta esto, más de 500 años de presencia misionera: ¡franciscanos, dominicos, agustinos recoletos, jesuitas, capuchinos y numerosas órdenes religiosas femeninas, todo un gran ejército de la fe que nos invita a preguntarnos ¿qué tendría el Chocó para tanto interés en salvar las almas de sus pobladores hijos de la dominación, el exterminio, la esclavitud, la explotación inmisericorde de los recursos mineros, el abandono, la discriminación y la pobreza?

Considero que el recorrido histórico y político de esta realidad compleja, socioeconómica, religiosa y cultural que nos lleva de la mano José Oscar, nos da una luz o al menos nos deja ver que en este espacio de glotonería de la dominación se fue abriendo una grieta de esperanza, de resiliencia,

donde el objeto misionado entendido como algo vacío de todo asomo de civilización, “viviendo aun en la superstición e ignorando toda regla de la moral”, se revelaría en sujeto histórico de hábiles capacidades de traducción, reinterpretación de su cultura asaltada, alimentándose de los signos venidos del barroco tridentino y que por último transformaría al misionero enriqueciendo su espiritualidad y convirtiéndolo en su hermano comunitario.

José Oscar, así como la comunidad claretiana a la que pertenece, llegada a comienzos del siglo XX, es uno de los entes que recibió dicha transformación: la fiesta espiritual de santos mestizados, resignificados y bailarines (el terror de los primeros misioneros) es ahora el lugar de la vida, de la esperanza, de la integración, del retorno, del conjuro a la muerte, de la resistencia para que no los borren del mapa.

Es el verdadero milagro de la cultura entendida como creación, reinención y futuro. Lo que los claretianos en ejercicio, en campo, en la vida cotidiana del río y la selva pudieron ver y traducir ayudados además por las directrices de la nueva iglesia bajo la orientación del Concilio Vaticano II.

La fiesta es escogida de manera acertada por el autor como la expresión cultural potente, el gran vehículo de empoderamiento étnico y de movilización de identidad regional capaz de enfrentar los repetidos asaltos de los violentos. Los símbolos no son otros que los santos como reconocido San Francisco rebautizado cariñosamente como San Pacho y en este caso de estudio, en el Medio Atrato, de San Antonio. Signos símbolos telúricos, “renacientes” en el lugar, santo de río, santo de Tanguí, santo de la población de estudio de este festivo texto.

El texto navega con el concepto de resistencia festiva, aparentemente contradictorio, ya que estamos acostumbrados a que la resistencia se construye desde la trinchera; resguardados y atemorizados o en enfrentamiento directo y con el mismo lenguaje del acosador. Pero no, resistencia festiva es la clave de desciframiento en el que se ha empeñado el antropólogo José Oscar para

dar cuenta del poder de la fiesta, de la arrolladora fuerza de los signos que se ponen a cantar, a bailar y construir una espiritualidad desde lo vivido, desde lo práctico, desde el cuerpo abierto.

El lector podrá ir poco a poco reconociendo el contexto que de manera juiciosa se encamina el profesor Córdoba desde los conceptos, a la historia regional del Chocó, sus índices alucinantes de pobreza y necesidades insatisfechas y de ahí al entorno local de “ríos de la vida” convertidos en “ríos de la muerte”, la expulsión y el miedo.

El recorrido entra entonces en una experiencia etnográfica: el pueblo y el santo su realidad social y económica, sus modos de asociación y liderazgo, su postura frente a los grupos armados y el lugar que tiene en todo ello la persistencia de la fiesta patronal, el santo hecho suyo, el mandato de su santo patrón que les dice que deben quedarse, la fiesta que es territorio, su fiesta que es reivindicación, espiritualidad en tiempos de conflicto, el retorno, el canto, la chirimía, el baile, la entrada al portal de lo sagrado y lo pagano sin distinción y José Oscar en el centro del revulú, el observador participante, el sacerdote que organiza y que obedece lo que el pueblo negro quiere hacer con su santo, el habitante del Chocó alegre como la fiesta que derrota la muerte y abre las puertas de la esperanza, de la vida que es el verdadero milagro. San Antonio ha alzado la varita y ha permitido que el río baje sus aguas.

Una vez terminada la fiesta el conjuro ha tenido lugar en Tanguí y en la serenidad de investigador, José Oscar Córdoba vuelve al análisis, para concluir con la síntesis de un proceso que va de la hegemonía al encuentro liberador de lo popular, mediado por lo religioso. Ya la misión no cree que esto es superstición sino liberación, ética comunitaria y afirmación de identidad en lenguaje religioso y de cuerpo al encuentro de lo sagrado que es la vida.

Bienvenidos a Tanguí.

Germán Ferro Medina



Imagen 1. Fiestas patronales 2008. **Fuente:** Fotografía del autor

La imagen de San Antonio preside la misa patronal: velas, instrumentos musicales, flores y otros adornos crean el escenario de la fiesta, espacio que integra lo religioso y lo cultural, lo sagrado y lo profano; allí la vida se convierte en una fiesta, y la fiesta en oportunidad para una nueva vida.